

sa, cuya talla aventajan, se crían en las yegüadas regimentales. Todos los caballos de esa caballería son intachables, y se ha llevado el lujo, hasta proporcionarlos de un mismo color á cada regimiento.

En ese grande campo de maniobras los muchos cantonistas, de quienes hemos hablado, estaban colocados como guías inteligentes para dirigir la marcha de los escuadrones, y señalar los límites en donde la muchedumbre debia detenerse. Todos los carruajes de Vosnessensk habian venido á colocarse en los confines de la pradera, y en esos carruajes estaba agrupado un pintoresco pueblo de curiosos. Aquello era un cuadro animado hasta un punto indecible, un estruendo de fiesta y de aclamaciones, cual nunca habian oido esos páramos, pues aun no ha pasado medio siglo desde que el soplo de los vientos que azotaba las altas yerbas, y los estallidos del rayo, llevados de uno en otro eco, eran los únicos ruidos de esas profundas é inútiles soledades.

Con harta pesadumbre nos marchamos al cabo de pocos dias de ese campo de maravillas; mas dejamos á Raffet, porque eran muchos los objetos de estudio que se presentaban en ese rico tumulto, para que pudiese desprenderse fácilmente de esas gran-

des maniobras antes que se terminaran. El emperador y la familia real, la corte y todos los Estados mayores debian muy luego llevar á Odesa toda la pompa de las fiestas; mas esas fueron fiestas civiles. Preparábase para recibir á su soberano una ciudad rica, grande y jóven como las colonias, porque en ese pais, en donde todo es tan grande, data de ayer tanta grandeza.

Odesa se habia embellecido para recibir á esos ilustres huéspedes: sus grandes casas habian sido barnizadas de nuevo: los palacios del gobierno, los edificios públicos, el teatro, la Bolsa, elegante monumento que domina el mar, el puerto, los almacenes; finalmente, la ciudad entera, estaba sobre las armas. La Bolsa se habia encargado de hacer los honores de la ciudad; y en efecto, ¿en un grande puerto de comercio la Bolsa no es por ventura la Casa comun? Ese bello palacio, de estilo griego, habia sido trasformado en salones magníficos, en donde se disponian el banquete y el baile ofrecidos por la ciudad á SS. MM. La fiesta y el mas noble orgullo, se habian apoderado de la ciudad en todas sus partes. Si aun quedaban en pié algunas barracas, arruinados vestigios de la primera colonizacion, ese hermoso dia del tránsito del emperador, dia de nueva regeneracion, hizo desaparecer sus

restos. Un momento bastó, según la espresion de un habitante, para abrogar cuarenta casuchas, que al punto fueron reemplazadas, si no por casas completas, pues no hubo tiempo, al menos por graciosas fachadas, que esperando el resto, habian salido de la tierra dóciles á la alineacion, y se habian alzado cual telones de teatro. Todo el mundo rivalizaba en celo, y la ciudad entera estaba en el mas grande calor de sus preparativos, cuando entramos en ella por la tarde del 8 de Setiembre.

Después de una permanencia hartó corta en esta capital de los gobiernos del Sur, nuestra espedicion ya fraccionada, hubo de modificarse todavía. Los unos eran llamados á Crimea para volver á esa vida errante, que con disgusto habian abandonado; otros debian consagrar algun tiempo á las observaciones locales, que el estado industrial de Odesa, muy particularmente reclamaba: mas esa separacion debia ser corta, y todos los puntos y fechas de reunion estaban bien fijados. Despaché, pues, por el camino de tierra que conduce á Simpheropol los dos compañeros que tenian mas prisa. Este es lugar oportuno para esponer las observaciones hechas en esa rápida marcha y las continúo según una reunion posterior me las ha proporcionado.

Salimos de Odesa el martes 12 de Setiembre,

antes de las siete de la mañana, con un calor terrible. Teniamos uno de esos escelentes y groseros carruajes válicos, adquirido en Bukharest y que tantos servicios nos habia prestado: en él íbamos los dos, un poco á la ventura, y al galope de tres grandes caballos, de frente, sin saber una palabra del pais ni de su lengua. Por necesidad y no por gusto aceptamos el camino por tierra, en razon de que los buques de vapor destinados á trasportar á la costa de Crimea gran parte de la corte imperial no abandonaban el puerto de Odesa, y no hubo mas remedio que renunciar á esa fácil vía. Por otra parte, la Rusia es un pais maravilloso por lo que toca á la seguridad, aun para un viaje que en cualquiera otra parte seria peligroso. Con un podorenaia en regla y las dos palabras de la lengua que significan *caballos al momento*, puede un extranjero atravesar toda la estension del imperio sin otro riesgo que el de esperarse mucho rato en cada parada. El principio de nuestro viaje merece ser notado por la estremada severidad de la visita que se sufre en la aduana cuando se pasa el límite fijado al puerto franco. Para trasladarse del suelo privilegiado al que está sujeto á derechos, es indispensable probar que no se trae ninguna partícula de esa franquicia que ha convertido á Odesa en ciudad

rica y poderosa. Al pasar ese muro se encuentra al instante el páramo con su atmósfera de polvo que sufoca los jóvenes plantíos de acacias.

El calor se hacia intolerable: nuestro barbudo cochero dando una vuelta repentina, que no dejó de inquietarnos, nos condujo derecho hácia el mar, en donde dejó bañar por un momento el carruaje, al cual el agua debía ser conveniente, si ha de juzgarse por el aire satisfecho de aquel buen hombre que nos señalaba alternativamente el sol y el agua: hecha esta operacion nos echamos al galope por la ardiente playa.

Marchamos por ella largo rato siguiendo una senda en la llanura cultivada á trechos, y dejando á nuestra izquierda grandes lagos que comunican con el mar por una ó varias angostas aberturas por entre mogotes naturales. Esas grandes copias de agua salada, entre las cuales nos parecieron considerables las dos primeras son, á lo que dicen, muy provechosas para Odesa, en razon de la abundancia y buena calidad de peces que de allí se sacan. Dase á esos lagos el nombre de *limanes*, de una voz tomada del turco, que significa puerto de mar. El mismo nombre se aplica á las embocaduras de los grandes rios que pueden recibir buques. Todos esos limanes aumentados por la acumulacion de las aguas

de algunos rios que vienen del Norte, saltan muchas veces sus barreras y se ponen en contacto con el mar al menor desbordamiento.

Perdimos de vista á Odesa, penetrando en los verdaderos páramos, los cuales no son como en Besarabia, valles que podrian llamarse largas olas de terreno, pues los de la Rusia meridional son planos, sin accidente alguno, y muchas veces su horizonte dura sin alteracion sensible, continuando el horizonte del mar. Encima de esa tétrica superficie, se corresponden acá y acullá algunas largas líneas de khurghans, eminencias cónicas que hemos descrito anteriormente. A pesar de la rapidez de la marcha, es inútil esperar el fin de ese grande disco que á uno le circuye; siempre se presenta el mismo aspecto, desnudo, ardiente, desolado: las flores que en la primavera pueblan esos campos incultos, habian sido agostadas por aquel sol de fuego, y podiamos decir como Rubriquis, ese famoso viajero que recorria las mismas llanuras en el siglo décimotercero: *nulla est sylva, nullus mons, nullus lapis*: ni un árbol, ni un monte, ni una piedra. Y sin embargo, esos mismos desiertos se resentian de la llegada del emperador, las arenas lo aguardaban como las ciudades; los caminos habian sido recompuestos en varios puntos, y los malos pasos esta-

ban terraplenados. Las casas de postas ostentaban su nuevo revoque, y delante de las puertas, la tierra arreglada de fresco completaba ese aspecto de fiesta.

Añádase á esto el inmenso número de caballos que cubrían la llanura cerca de cada parada, y se tendrá una idea de la extraordinaria animación de esos lugares. Entre las paradas, y á cada verste, se encuentran postes colocados con mucho esmero y pintados con los colores del imperio; en uno de sus costados se lee la distancia corrida desde la última parada, y en el otro el número de verstes que faltan hasta la parada inmediata. Para formarse una idea exacta del monótono nivel del páramo, basta decir, que desde nuestro carruaje, que era muy bajo, á cada instante descubríamos delante de nosotros dos postes, y detras otros dos, lo cual da una legua ó cuatro verstes de diámetro al círculo formado á nuestro alrededor por ese inmóvil horizonte. El ligero carro que nos había parecido medianamente cómodo en la mojada yerba de la Valaquia, desplegó en esa tierra calcinada un movimiento brutal, que no era el único inconveniente que nos molestaba. Si le atormenta á uno la sed, cosa de que es imposible librarse con un calor de veintiocho grados y envuelto en nubes de polvo, las

gentes del pueblo no pueden ofrecer mas que un agua fétida, que por lo comun se corrompe en el mismo barril en que la han traído, ¡sabe Dios de qué distancia! Nada mas triste ni de aspecto mas afflictivo que los pocos pueblos que se encuentran por ese camino: ¿de qué les sirve á los habitantes vivir en una tierra fértil, si están privados de todas las cosas necesarias á la vida? Sin una sombra contra el sol, sin mas comodidad que una casa bastante sólida, pero perdida en esa inmensidad, ¿á costa de cuántas penalidades han de procurarse el pan que los alimenta, el agua pútrida que apaga su sed, y el combustible de rastrojo que los calienta en invierno? Para estos hombres es la vida verdaderamente dura; mas el cielo que les ha negado tantos bienes, les da el valor que hace soportar todos los males.

Hácia medio dia nuestro camino se separó del mar y comenzamos á cortar la llanura en la dirección de Nordeste, para llegar á la gran ciudad de Nikolaieff, que es á la vez un puerto y un arsenal militar justamente celebrado. A eso de las cinco, llegamos á las márgenes de un ancho canal formado por las aguas del Bug y del Ingul, que se unen en la margen opuesta, algo mas abajo del sitio en que nosotros estábamos. En el punto en que se juntan

los dos rios, se alza Nikolaieff que dista dos verstes del lugar en que desembarcamos.

Muchas carretas de bueyes aguardaban el momento en que les tocara pasar, y á nosotros nos costó tres cuartos de hora atravesar la limane del Bug por medio de un procedimiento de todo punto primitivo. Hay una cuerda atada á las dos márgenes, y los hombres agarrándose y tirando de ella, hacen marchar la pesada máquina. En la ribera de Nikolaieff mas elevada, vimos hermosos jardines, propiedad de la corona y en que abundan los chopos, que para la grande Catalina plantó el príncipe Potemkin cuando la emperatriz quiso visitar sus nuevas provincias. El desembarco está protegido por una goleta de guerra en escelente estado. Al poner los piés en tierra nos encontramos entre una multitud de soldados, de mujeres y de colonos alemanes que tan fácilmente se conocen por sus rostros apacibles: y esa multitud se hallaba en ese sitio, porque tratábase nada menos que de un cargamento de sandías, refresco favorito del pueblo, y de que los alemanes acababan de traer algunas carretadas. Hicimos alto en el patio de una posada de buena apariencia en una de las principales calles.

Ese exterior fué lo único digno de nuestra aprobacion en la casa, y mientras se arreglaban los pre-

parativos de una cena que llevaba trazas de hacerse esperar mucho, recorrimos la bella y espaciosa ciudad adonde habiamos llegado. A la primera ojeada todo es imponente y grandioso. Las calles, que como en todas las ciudades rusas, tienen proporciones gigantescas, poseen grandes edificios de arquitectura mas fastuosa que verídica, puesto que el exterior es de palacios y el interior de cabañas. Las calles inmensas, crítica exagerada de las ciudades occidentales, dejan al habitante sobrado espuesto por su desmesurada anchura, al sol, al viento, al polvo y al barro: en las plazas, verdaderos campos de batalla, nadie se atreve á intentar una travesía que se hace imposible fuera de las estaciones templadas. A pesar de esta exageracion disimulable, Nikolaieff presenta un aspecto muy majestuoso y por su grandeza digno de su destino de arsenal marítimo.

La ciudad no está terminada, pues en varios cuarteles algunas casas esparramadas indican el plan mas bien que lo completan. Cerca de cinco mil habitantes ocupan el puerto, y no es difícil comprender que esas gentes son las mas relacionadas con la marina. El establecimiento marítimo, del cual no nos fué permitido juzgar sino desde un hermoso paseo que domina la desembocadura del Ingul, parece muy

bien situado para corresponder á su destino. Con el gasto necesario podrian construirse á un tiempo en él muchos navíos grandes, que una vez botados al agua saldrian sin dificultad de ese puerto natural, antes poco profundo, y que ha sido vaciado recientemente. Antes de esta útil mejora, para introducir los buques en la limane del Bug eran precisas máquinas flotantes muy complicadas, que se llaman camellos, y cuyo uso, salvo error, introdujeron los venecianos antes que otra nacion alguna. En el dia los navíos, hasta de 120, salen de los diques de Nicolaieff, y van á armarse en Sebastopol sin ningun auxilio extraño.

Ni es dable imaginar un puerto de construccion mas apropiado que este á su objeto. Nicolaieff está suficientemente defendida contra todo ataque por su posicion muy internada en el fondo de una limane tortuosa, y está igualmente favorecida por lo que toca á los abastecimientos. Aunque el Bug, obstruido por cataratas no es propio para la conduccion de las almadias, no por esto la ciudad recibe menos fácilmente las maderas, la brea y el cáñamo por el Dnieper, cuya desembocadura viene á confluir con la del Bug en el profundo golfo llamado limane del Dnieper. Este golfo, abrigado por lo menos contra las olas de alta mar y aun quizás con-

tra los vientos, debe ser practicable tambien para las grandes barcas que bajan tranquilamente el Dnieper.

La eleccion del punto en que se halla la ciudad honra el tino del príncipe Potemkin, quien creó tan grandes cosas en este imperio cuya importancia comprendia perfectamente. No era, en efecto, posible, hallar un arsenal mas bien colocado para combinar su accion con el de Sebastopol. Estos dos puntos, dispuestos así por la naturaleza, perfeccionados por el arte, y unidos entre sí por el interes comun, debieron entrar en las ideas de porvenir de la gran soberana que conoció el valor de una poderosa marina en el Mar Negro. Nos han asegurado que el enemigo oculto de los navíos de la bahía de Sebastopol, esto es, el gusano roedor que se pega á las maderas sumergidas en la mar, daña del mismo modo á los buques construidos y puestos á flote en Nicolaieff. No lo afirmamos, sin embargo, porque no lo sabemos por un hombre de la carrera; pero es justo observar que esta reputacion desfavorable al puerto de Nicolaieff parece fundada en antiguas observaciones que han visto la luz pública.

Mientras tanto, prolongábamos la velada bajo los árboles del largo paseo á que la casualidad nos ha-